

mamuta

M. R.

El Príncipe que se volvió Cabrito



N.º 1

20
Ctvs.

HECHO EN CHILE POR
UNIVERSO
SOCIODAD IMPRESA - LITOGRAFIA

mamita

M. R.

Revista Semanal de Cuentos Infantiles

DIRECCION: Bellavista 069, Casilla 84-D SANTIAGO

AÑO I—N.º 5. Santiago de Chile, 17 de julio de 1931

PRECIO: 20 Cts. Ejemplar.

Subscripción Anual \$ 9.—

A LOS LECTORES DE

mamita
M. R.

Los cupones de los **DIBUJOS** del N.º 3 de "MAMITA" se recibieron hasta ayer. Hoy concederemos los premios y en el próximo número nuestros lectorcitos sabrán quienes han merecido los premios y las menciones honrosas.

Leemos con mucho gusto las cartas de los niños que nos dicen cuáles son los cuentos que les han gustado más. "MAMITA" espera complacerlos siempre, buscándoles los cuentos más preciosos que haya, para dárselos cada viernes.

En este número no van dibujos, porque el cuento en verso nos ha tomado muchas páginas. En el próximo número no faltará un lindo dibujo y posiblemente ya tengamos otros premios más que añadir a los que hemos estado dando.



El Príncipe

que se

Volvió Cabrito



ESTE era un Rey y una Reina que tenían un hijo y una hija. El hijo se llamaba Pedro y la hija Marilinda.

Cuando el Rey y la Reina murieron, los hijos, como no tenían ningún pariente, se quedaron solos y decidieron irse a recorrer el mundo.

Se pusieron en camino y anduvieron hasta que el sol subió en el cielo a su mayor altura y sus rayos les quemaban implacablemente, haciéndoles ahogarse de calor. No divisaban a su alrededor vivienda alguna que les sirviera de refugio, ni árbol a la sombra del cual pudieran acogerse.

En la extensa llanura divisaron un estanque al lado del cual pastaba un rebaño de vacas.

—Tengo sed—dijo Pedro.

—No bebas, hermanito — le advirtió Marilinda—, porque si bebes te transformarás en un ternero.

Pedro obedeció y ambos siguieron su camino.

Anduvieron mucho rato y llegaron a un río, a la orilla del cual pacía una manada de caballos.

—¡Oh, hermanita! Si supieras qué sed tengo!—dijo otra vez Pedro.

—No bebas, hermanito, porque te transformarás en un potrillo.

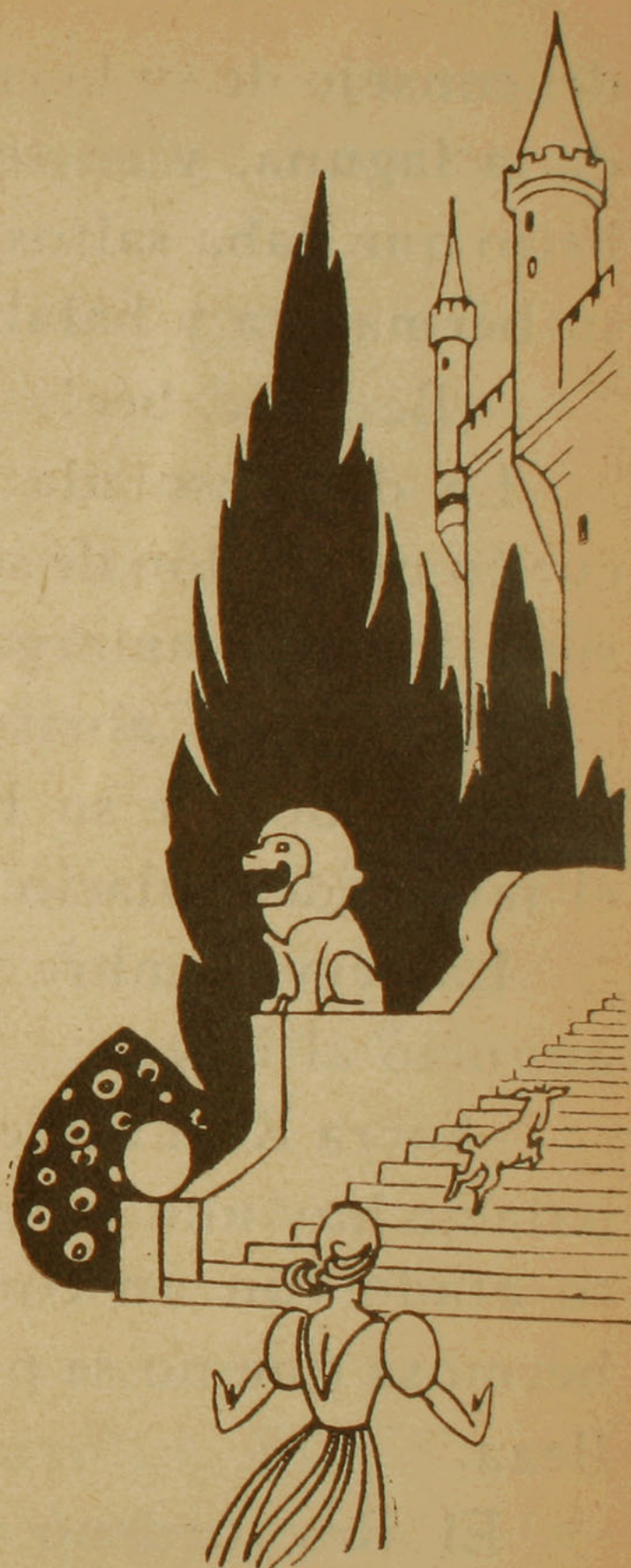
Pedro obedeció y continuaron andando. Anduvieron, anduvieron; el sol estaba todavía alto en el cielo y quemaba como antes; la transpiración les corría por

todo el cuerpo y todavía no habían podido encontrar ninguna casa. Al fin, vieron un rebaño de cabras que pacía cerca de una laguna.

—¡Oh, hermanita, ahora sí que beberé!

—¡Por Dios, hermanito, no bebas, porque te transformarás en un cabrito!

Pero esta vez, Pedro no pudo soportar más la sed y no haciendo caso



Penetró en el jardín del palacio de su rey...

del consejo de su hermana, bebió del agua de la laguna, y en seguida se volvió Cabrito que daba saltos y brincos delante de su hermanita y balaba:

—¡Bée, bée, bée!

La desconsolada Marilinda le ató al cuello un cordón de seda y se lo llevó consigo llorando amargamente.

Un día, el Cabrito, que corría y saltaba alrededor de su hermana, penetró en el jardín del palacio de un Rey.

La servidumbre los vió y un criado anunció al Rey:

—Sacra Real Majestad, en el jardín del palacio hay una joven que lleva un cabrito atado con un cordón de seda; es tan hermosa que no se puede describir su belleza.

El Rey ordenó que se enterasen de quién era tal joven.

Los servidores le preguntaron quién era y de dónde venía, y ella les refirió su historia, diciéndoles:

—Mi hermano era Príncipe y yo Princesa. Al morir nuestros padres y quedar huérfanos, nos fuimos de casa para conocer el mundo y el Príncipe, no pudiendo soportar la sed que tenía, bebió agua de una laguna encantada y se volvió Cabrito.

Los servidores refirieron al Rey todo lo que habían oído y éste hizo llamar a Marilinda para enterarse detalladamente de su vida.

El Rey quedó tan encantado de su modestia y belleza que quiso casarse con ella, y al poco tiempo celebraron la boda. Vivían felices y contentos. El Cabrito, que estaba siempre con ellos, paseaba durante el día por el jardín y por la noche

dormía en una habitación de palacio, y para comer se sentaba a la mesa del Rey y de su hermana, la Reina.

Llegó un día en que el Rey salió a cazar y, mientras tanto, una bruja con sus artes de magia, hizo enfermar a la Reina, y la pobre Marilinda adelgazó y se puso pálida como la cera. En el palacio y en el jardín todo tomó un aspecto triste; las flores se marchitaron, las hojas de los árboles se desprendieron amarillas y las hierbas se secaron.

El Rey, al volver de caza y ver a su mujer tan cambiada, le preguntó:

—¿Qué te pasa? ¿Estás enferma?

—Sí, no me siento bien—repuso ella.

Al día siguiente, el Rey se fué otra vez de caza, mientras que Marilinda guardaba cama. Vino a verla la bruja y le dijo:

—¿Quieres curarte? Pues, ve a la orilla

del mar y bebe su agua al amanecer y al anochecer durante siete días.

La joven Reina oyó el consejo, y al llegar el crepúsculo se dirigió a la orilla del mar, donde aguardaba ya la bruja, la cual la cogió, le ató al cuello una piedra y la echó al mar; Marilinda se sumergió en seguida. El Cabrito, presintiendo su desdicha, co-



Para comer se sentaba a la mesa del Rey...

rrió al mar, donde llegó en el momento de ver desaparecer a la Reina, su hermana. ¿Qué podía hacer él sino balar y llorar?

Entretanto, la bruja se vistió como la Reina, se presentó en palacio y comenzó a gobernar.

Llegó el Rey de caza y sin notar el engaño, se alegró mucho al ver que la Reina había recobrado la salud. Sirvieron la cena y se pusieron a la mesa.

—¿Dónde está el Cabrito?—preguntó el Rey.

—Estamos mejor sin él—contestó la bruja—; he ordenado que no lo dejen entrar, porque me molesta su olor.

Al día siguiente, apenas el Rey se fué de caza, la bruja se puso a pegarle al pobre Cabrito y mientras le apaleaba, le decía:

—¡Aguarda!, que en cuanto vuelva el Rey le pediré que te maten!

Apenas el Rey regresó, la bruja empezó a convencerle a fuerza de súplicas:

—¡Da orden de que maten al Cabrito! Me ha fastidiado de tal modo, que no quiero verle más.

Al Rey le dió lástima, pero no pudo defenderlo, porque la Reina le suplicaba



Las plantas marinas se enredaron a mis pies...

con tanta tenacidad que no tuvo más remedio que consentir que lo matasen.

Pocas horas después, el Cabrito, viendo que ya estaban afilando los cuchillos para cortarle la cabeza, corrió a dónde el Rey y le rogó:

—¡Señor! Permíteme ir a la orilla del mar para tomar un baño antes que me maten.

El Rey le dió permiso y el Cabrito corrió a toda prisa hacia el mar. Se paró en la orilla y exclamó con voz lastimera:

—¡Marilinda, hermanita mía! sal a la orilla! ¡Han encendido ya el fuego, las ollas están llenas de agua hirviendo, están afilando los cuchillos grandes para matarme! ¡Pobre de mí!

Marilinda le contestó:

—¡Hermanito mío, la piedra que está atada a mi cuello pesa demasiado; las

plantas marinas se enredaron a mis pies, la arena amarilla se amontonó sobre mi pecho; la feroz serpiente del mar ha chupado toda la sangre de mi corazón!

El pobre Cabrito se echó a llorar y volvió a palacio.

A medio día vino otra vez a pedir permiso al Rey:

—¡Señor! Permíteme ir a la orilla del mar para beber agua y salar mis entrañas.

El Rey volvió a darle permiso y el Cabrito corrió a todo correr hacia el mar,



La bruja se iba escapando...

se paró en la orilla y exclamó:

—¡Marilinda, hermanita mía!, sal a la orilla. ¡Han encendido ya el fuego, las ollas están llenas de agua hirviendo, están afilando los cuchillos grandes para matarme! ¡Pobre de mí!

Marilinda le contestó:

—¡Hermanito mío, la piedra que está atada a mi cuello pesa demasiado; las plantas marinas se enredaron a mis pies, la arena amarilla se amontonó sobre mi pecho; la feroz serpiente del mar ha chupado toda la sangre de mi corazón!

El pobre Cabrito se echó a llorar y volvió otra vez a palacio. Entonces el Rey pensó:

—¿Por qué el Cabrito quiere ir siempre a la orilla del mar?

Y cuando vino por tercera vez a pedirle permiso diciéndole: —«Señor, déja-

me ir a la orilla del mar para verlo por última vez», le dejó ir y se fué tras él.

Llegados a la orilla, oyó al Cabrito que llamaba a su hermana:

—¡Marilinda, hermanita mía, sal a la orilla! ¡Han encendido ya los fuegos; las ollas están llenas de agua hirviendo; están afilando los cuchillos grandes para matarme! ¡Pobre de mí!

Marilinda le contestó:

—¡Hermanito mío, la piedra que está atada a mi cuello pesa demasiado; las plantas marinas se enredaron a mis pies, la arena amarilla se amontonó sobre mi pecho; la feroz serpiente del mar ha chupado toda la sangre de mi corazón!

Pero el Cabrito empezó a suplicar, llamándola con voz cariñosísima, y entonces Marilinda, haciendo un gran esfuerzo, subió de las profundidades del



Adelante

Llegados a la orilla, oyó al rito que llamaba a su hermanita...

mar y apareció en la superficie. El Rey la cogió, desató la piedra que tenía atada al cuello, la sacó a la orilla y le preguntó lleno de asombro:

—¿Cómo te ha sucedido tal desgracia?

Ella le contó todo, y le dijo, además, cómo en el fondo del mar había encontrado una hierba que deshacía los encantos y que traía consigo junto a su pecho. El Rey se alegró muchísimo de tenerla de nuevo como su esposa. Marilinda dió a su hermano a comer la hierba e inmediatamente éste se volvió de nuevo un Príncipe. Los árboles del jardín reverdecieron, las plantas echaron flores y todo alrededor del palacio se llenó de risa y de júbilo.

La bruja, al tener noticia de todo esto, se iba escapando, cuando la atraparon del palo de su escoba. En el centro del patio encendieron una gran hoguera y allí mis-

mo la quemaron para que no volviese a dañar más al mundo. Y el Rey, la Reina y el Príncipe Pedro vivieron felices, aumentaron sus bienes y no se separaron más.

!!!!OFERTA ESPECIAL!!!!

Sólo hasta el 31 de JULIO. A fin de favorecer a aquéllos que llamaremos nuestros subscriptores fundadores, hemos reducido casi a la mitad el precio de la subscripción anual, — equivalente a 52 ejemplares.

SUBSCRIBASE HOY MISMO — Anual:

|| \$6.-

Envíe esa cantidad en giro, letra, cheque postal o en estampillas de correo a: Casilla 84-D.—Santiago.

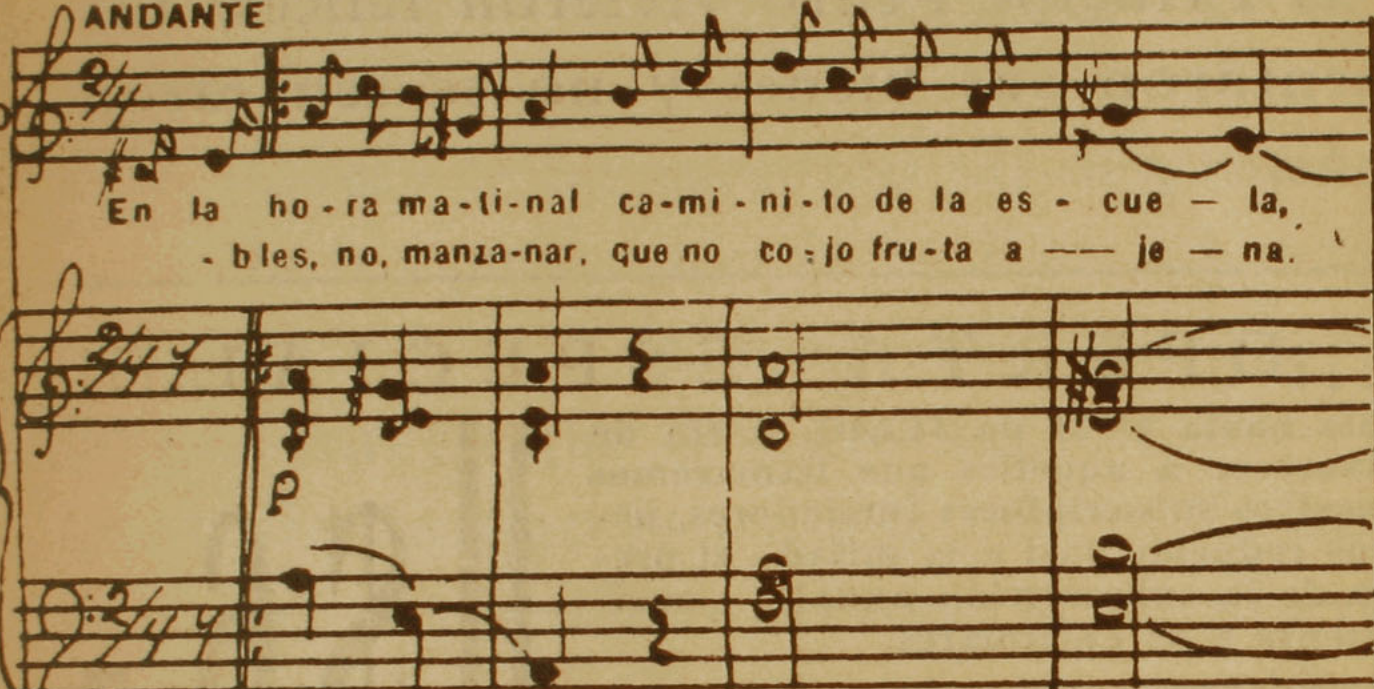
EN EL NUMERO PROXIMO
LA ZUNQUITA
(Cuento popular en Chile)

EL MANZANO

Narcisa Freixas.

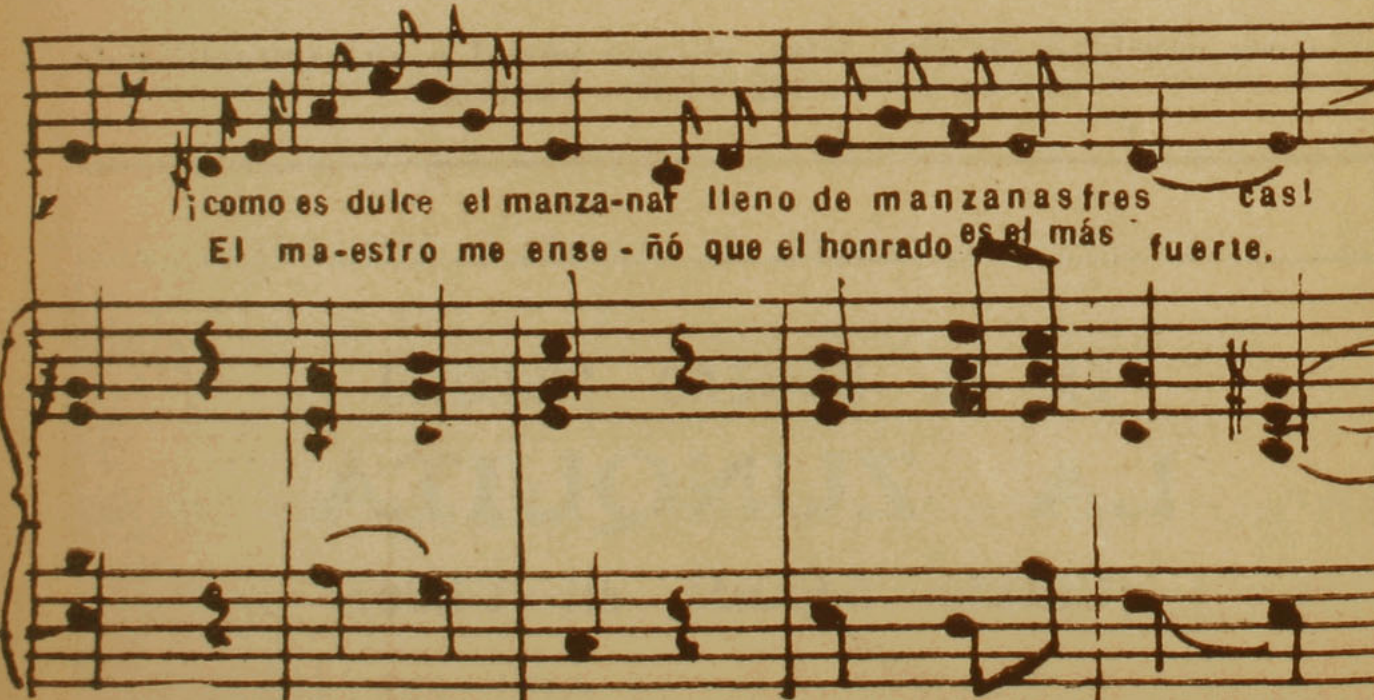
ANDANTE

CANTO

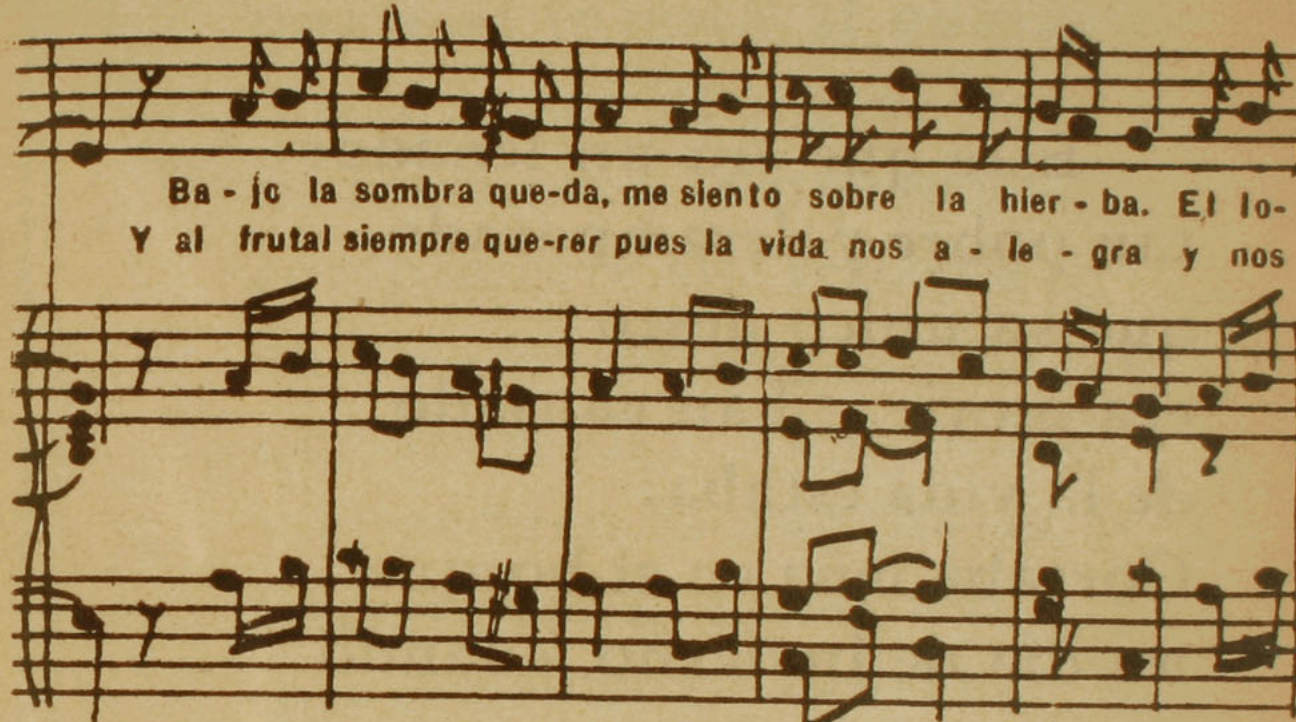


En la ho-ra ma-ti-nal ca-mi-ni-to de la es-cue-la,
- bles, no, manza-nar, que no to-jo fru-ta a -- je -- na.

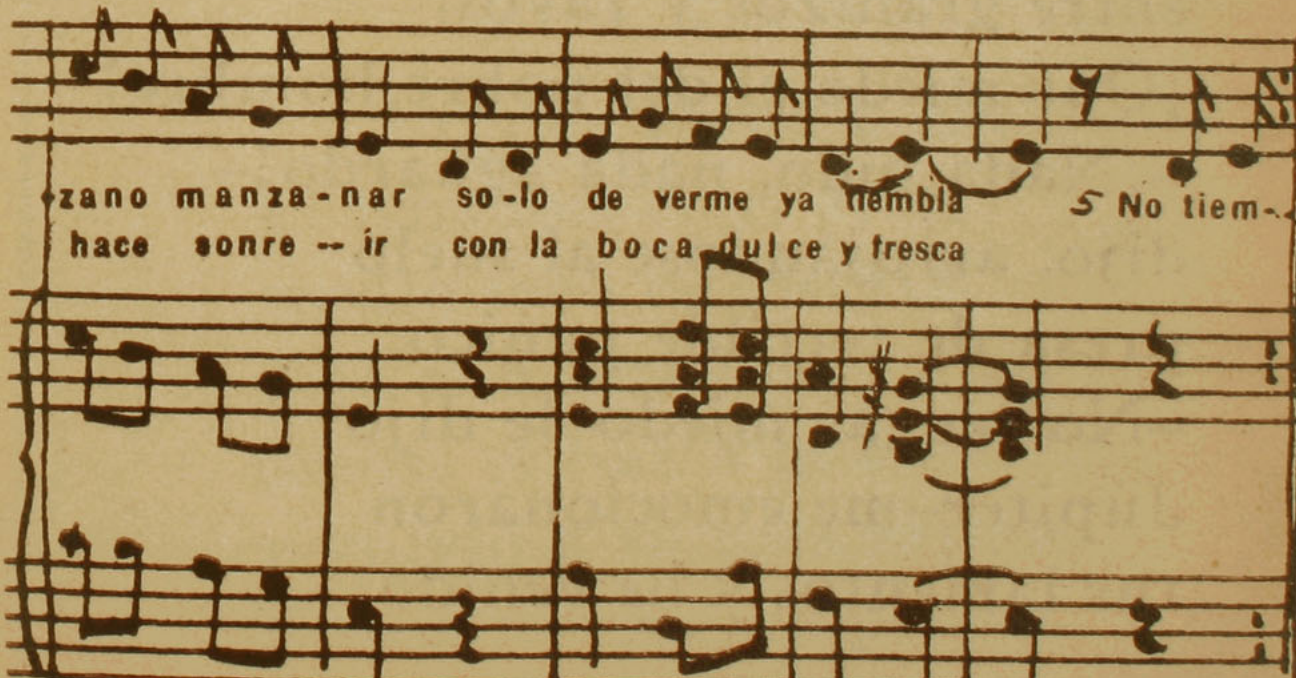
PIANO



¡como es dulce el manza-nar lleno de manzanas fres-cas!
El ma-estro me ense-ñó que el honrado es el más fuerte.



Ba-jo la sombra que-da, me siento sobre la hler-ba. El lo-
Y al frutal siempre que-rer pues la vida nos a-le-gra y nos



zano manza-nar so-lo de verme ya tiembla 5 No tiem-
hace sonre -- ir con la boca dulce y fresca



LOS DESEOS RIDICULOS

(C U E N T O)



Este que era un leñador
tan pobre y desamparado,
que su único deseo
era morir. ¡Tan cansado
de la vida estaba!
Cortaba leña en el bosque
un día de invierno, cuando
Júpiter se le aparece
entre granizos y rayos.
¡Qué miedo el del pobre hombre!
—¡Nada pido, nada aguardo!—
dijo, arrojándose al suelo
presa de terrible pánico.
—No tengas miedo—le dijo
Júpiter—me emocionaron
tus lamentos y he venido

a demostrarte en el acto
que eres injusto al quejarte.
Yo, que soy el soberano
de los dioses, te prometo
complacerte sin reparos
en las tres primeras súplicas
que formules. Ten cuidado
y elige bien lo que pueda
hacerte feliz, pensando
que depende tu ventura
de lo que hayas demandado.

* * *

Júpiter tornó a los cielos.
El leñador, en el acto,
medio loco de alegría,
dejó el hacha junto a un árbol,
echóse el haz a la espalda
y volvió a su casa rápido.
Nunca fué menos pesada

su carga. Nunca su paso
 fué más ligero. El dichoso
 leñador iba pensando
 en tanto que caminaba:
 «Es preciso obrar despacio
 y consultar a mi esposa
 a ver qué solicitamos».
 En cuanto llegó a su casa
 dió a su mujer un abrazo
 y le dijo: «¡Somos ricos,
 buena Francisca! Encendamos
 un buen fuego. ¡Desde ahora
 nuestras penas se acabaron!»
 Le refirió lo ocurrido,
 y al escuchar el relato
 trazó Francisca mil y un
 proyectos de lujo y fausto.
 Mas luego, considerando
 la importancia del asunto,

dijo a su esposo: —«¡Cuidado! Debemos pensar tranquilos, y echar muy bien nuestros cálculos, y consultar con la almohada las peticiones que hagamos». «Soy de la misma opinión» —dijo el marido—. «Entretanto con una buena comida celebremos este pago que nos prometen los cielos». A la mesa se sentaron cerca del fuego. Y un vinillo que tenían reservado entre los dos lo acabaron. —«¡Qué bien nos vendría ahora —dijo el marido— un pedazo grande y gordo de salchicha!» Apenas terminó el párrafo vió Francisca con asombro

que por un rincón del cuarto una salchicha larguísima salía, serpenteando.

Lanzó la mujer un grito y, comprendiendo en el acto que aquel deseo imprudente del marido obró el milagro, furiosa y llena de ira colmóle de mil agravios.

—«Pudiendo tener un reino, un tesoro y un palacio—le dijo—¿cómo pediste salchicha? ¡Eres un asno!»

—«Hice mal—replica el hombre—en no proceder con tacto, y otra vez seré más listo y no hablaré sin pensarlo».

Mas no por eso la esposa terminaba de insultarlo.

Tanto que al fin el hombre exclamó, desesperado:

—«¡Dios maldiga la salchicha, y El haga, si está en su mano, que a la nariz se te pegue, para ver si así descanso!»

* * *

Aquel ruego tan absurdo atendido fué en el acto, y a la nariz de la esposa quedó adherido el pedazo de salchicha. ¡Qué desgracia y qué dolor, Cristo Santo! Francisca, que no era fea, con aquel adorno extraño convirtiéndose en adefesio. Como el trozo era tan largo le penetraba en la boca sin dejarla hablar. Y el bárbaro

del leñador, aun pensaba
que Dios hizo un buen milagro,
y que su tercer deseo,
que aun no había formulado,
pudiera hacerlo dichoso.

«Pediré ser soberano
del reino más poderoso,
porque no hay nada más grato
que dominar en la tierra.

Mas... va a ser un espectáculo
ver a la reina en el trono
con esa nariz de a palmo!

Es preciso consultarla
y que elija con cuidado
entre convertirse en reina
de un gran país, conservando
esa enorme narizota,
o quedarse en el estado
de leñadora humilde

aunque de rostro agraciado». Estudió el caso Francisca, y aun sabiendo de antemano que una reina siempre tiene para sus mil cortesanos unas narices perfectas, después de mucho pensarlo, como era mujer y joven, decidió, casi llorando, no ser reina nariguda que a su pueblo diese espanto, sino bella leñadora. El marido, desolado, tuvo que pedir a Júpiter que le quitase en el acto a Francisca la salchicha de la nariz.

Por lo tanto,
ni llegó a ser poderoso,

ni tuvo un tesoro magno,
ni triunfó en ninguna parte,
ni se albergó en un palacio,
ni fué rey en ningún sitio...

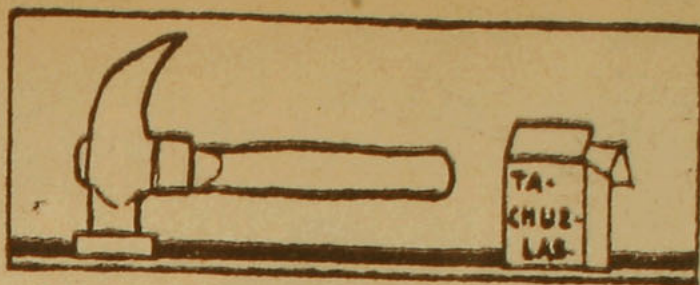
* * *

Este es el cuento. Bien claro
se advierte en él que las gentes
imprudentes y cegadas
por la ambición, nunca deben
pedir nada, porque es raro
encontrar una que tenga
el talento necesario
para emplear bien los dones
que se le hayan otorgado.

CARLOS PERRAULT.

PROBLEMA N.º 4

LAS TACHUELAS

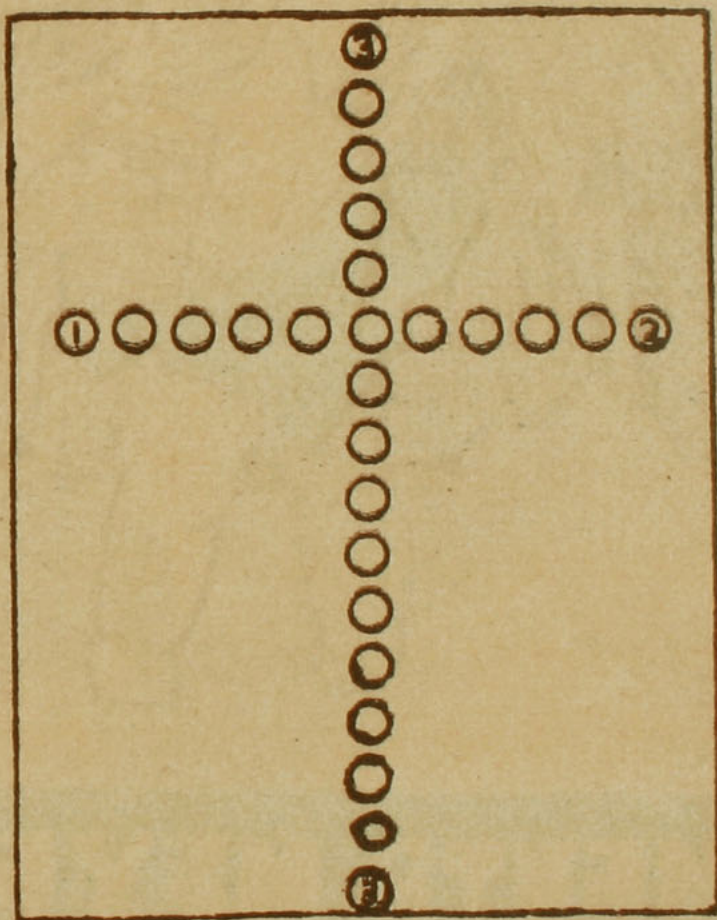


Un martillo y una cajita de tachuelas cuestan juntos, 1 peso y 10 centavos. Si el martillo costara 1 peso más que las tachuelas, ¿cuánto costaría la cajita de tachuelas?

(La solución en el próximo número)

Solución del Problema N.º 3

Aparecido en el N.º 4 de "MAMITA"



LA CRUZ DE CIRCULOS.—Retirando los círculos numerados 1 y 2 y trasladando el numerado 3 de lo alto de la línea vertical al pie de la misma, se tendrá una cruz cuya línea vertical estará formada por 15 circulitos. Habrá también 15 circulitos en la línea vertical hasta la intersección y la mitad, hacia la derecha o hacia la izquierda de la línea horizontal.

INDIOS CHILENOS -1535



**ALIMENTO MEYER
ES EL MEJOR**

M. R. A base: Harina calcinada, cacao seleccionado desgrasado, fosfa-
tos, azúcar, etc.